

## TANDA DE CUATRO CON CARLOS CORTÉS<sup>1</sup>

Juan Durán Luzio

Reseña crítica de la segunda novela de este escritor, que se presentará próximamente en España. Pronto tendrá lugar el lanzamiento de esta novela en España, donde se encontrará con similares de mucha categoría y mayor oficio; solo nos queda desearle mucha suerte por el bien de la narrativa nacional más allá de nuestras fronteras.

La obra transcurre en el San José de hace una década, y más precisamente en el edificio del antiguo cine Rex, frente al parque Central, ya muerto como sala de lujo, y ahora convertido en estas páginas en una suerte de prisión, lupanar, mercado y salón de juegos, en fin, un laberinto que sirve de guarida a indeseables de variados pelajes, incluidos sus dueños. Los habitantes principales de este singular y esperpéntico espacio son dos adolescentes que se atraen y se repelen por las fuerzas de los instintos y de la soledad compartida. Ella, Alejandra, argentina, viajera forzada por las vueltas de tantas vidas difíciles; él Andrés, tico criado entre el reformatorio y el cuarto de una supuesta tía que lo martiriza. Pero la aventura central de la novela es solo eso: el ir y venir de dos muchachos inexpertos y simples, algo atrapados por la droga y por sus siniestros pasados, a pesar de su juventud.

Al respecto, debe ser en pasajes que recrean la atormentada infancia de Andrés donde la pluma del autor alcanza mayor naturalidad e intensidad; así en un párrafo cuando con ocasión de un concurso su dicha tía lo obliga a participar:

Andrés ingresó al atiborrado vestíbulo del Rex sintiéndose barnizado de un rojo espeso que le tiñó los poros, con la misma intensidad encendida que las viejas alfombras del cine, las cuales distinguió como el único punto de orientación en la turbamulta. Ningún otro niño se presentó disfrazado a la matinée, a pesar de las promesas de la tía Moira, y él hubiera preferido que se lo tragara la tierra. La odió durante esos instantes, no por el ardor de la mano sino por la traición. Pero no pudo odiarla. La amaba sabiendo que no tenía a nadie más en el mundo. ¿Cómo lo consiguió la tía Moira? La camisa de dos tonos de Jorge Negrete, se completó con unos jeans que, por el contrario, eran nuevos, pero de un número mayor; polainas de cuero que revoleaban; cartucheras de cartón amarradas a los perniles con tiras de gamuza, como en las películas de John Wayne; pistolas de plástico, botas vaqueras y sombrero alón. Todo rebajado en el Palacio de Novedades, le dijo ella. Todo posiblemente hurtado, cambalacheado o trampeado (p. 63).

Como puede verse, las menciones a películas o a actores, vivos o muertos, es constante; sin embargo, no por ello se logra que la novela sea sobre cine ni adquiera una forma o desarrollo cinematográfico. La inventiva de Carlos Cortés se mantiene firme, pero acaso deba concentrar nuevamente mayor atención en la elaboración de hechos y anécdotas capaces de sumir y cautivar al lector en el mundo de su relato. También es Cortés leal a su modo excesivo de describir, creando caricaturas sardónicas del espacio y los personajes narrados antes que un cuadro balanceado o más realista; por ejemplo, recordando días pasados:

Siempre se sentaban en la última fila o en el segundo piso, porque ella fumaba como una chimenea y la gente protestaba. La Moira, entonces, los bombardeaba con chingas

---

<sup>1</sup> Reseña publicada en *Ancora, La nación* (San José, 6 junio 2003).

de cigarro, que recogía del piso, y a veces los escupía, pero no tanto ni tan violentamente como para que los echaran del cine. Si algún espectador resentido les incrustaba un cigarrillo encendido en el costado de un brazo, ella podía responder con un buen mordisco en la canilla, escupiéndolo o incluso sentándose en los regazos para orinarlo y luego desternillarse de risa (p. 170).

*Tanda de cuatro con Laura* es una novela bien hecha pero aún distante de las marcas de las rivales que encontrará en las Españas y aún deudora del Carlos Cortés que en 1999 nos conmovió con *Cruz de olvido*.